

Autor:
Roberto Palomares González.

LA MISTERIOSA DAMA DE LA NOCHE



El juego de las luces ambarinas, una ligera niebla producto del humo de los cigarrillos y los efectos del sonido, el ritmo suave y lento de la música, daban un toque romántico al ambiente. En la entrada del local se podían leer las letras luminosas que decían: “Centro nocturno la ilusión”. De las bocinas disimuladas en las paredes, salía la pegajosa música del “Titanic”, que provocaba una sensación de romanticismo en la mayoría de los asistentes, sobre todo de las enamoradas jovencitas y de las parejas que se demostraban su amor al amparo de la penumbra que reinaba en el lugar.

Rodolfo, joven estudiante de la “Prepa Allende”, se encontraba sentado en la barra del lugar, disfrutando de una fría cerveza

“modelo”, en compañía de Antonio y Ernesto, sus amigos; cuando la vio llegar.

Iba sola, su caminar era pausado y sus movimientos sensuales, parecidos a los de un felino al andar. Su gran estatura, la distinguía de las demás jóvenes. El óvalo perfecto de su rostro, que enmarcaba unos ojos claros color café, la hacían extremadamente bella, aumentada esta belleza por lo recto de su nariz y lo carnosos de sus sugestivos labios rojos, que cubrían su blanca dentadura.

Su cuerpo esbelto, apenas cubierto por una minifalda y una blusa que escasamente protegían sus senos; hacían de ella en conjunto una muchacha cautivadora.

Las miradas de Rodolfo y de ella al pasar, se encontraron por un instante, que parecieron horas. Rodolfo, tuvo la sensación traumática de una descarga eléctrica, que le recorrió por la espina dorsal; y se sintió transportado a un mundo irreal, en donde lo único que parecía existir era la bella desconocida que tenía enfrente.

Como un autómatas, Rodolfo se levantó de su asiento, y haciendo caso omiso de las burlas de sus compañeros, se fue tras la “Venus” que lo había impactado.

Antonio y Ernesto, con un poco de envidia, lo vieron bailar con la bella desconocida, reír, charlar y brindar hasta las tres de la madrugada, hora en que se retiraron abrazados. Rodolfo parecía

embelesado por su nueva conquista, y ni siquiera una mirada de despedida dirigió a sus compañeros.

-----O-----

A las 11 de la mañana, suena el teléfono en la casa de Ernesto, que en su rostro reflejaba las huellas del desvelo y los efectos de los excesos de la bebida.

- Te llama Antonio – le dijo su mamá, quien había contestado –
- ¿Cómo estás, Antonio? ¿Cómo te va de “cruda” y desvelada? – Preguntó Ernesto a modo de saludo –
- ¡Fatal! – Contesta Antonio – Traigo un dolor de cabeza, ¡espantoso!
- El que ha de estar feliz es Rodolfo – señaló Ernesto - ¡Qué noche!...
- Por esto te llamo – lo interrumpió Antonio – su mamá me telefoneó, porque no ha llegado desde anoche.
- No te preocupes – respondió Ernesto – de seguro que él, ahorita no se acuerda de nadie – agregó con malicia –
- Nos vemos esta noche, en el mismo lugar – señaló Antonio como despedida –

-----O-----

Esa noche, Antonio y Ernesto la vieron llegar sola, cerca de las 12 de la noche, igual de bella que la noche anterior, aunque ahora con

un vestido entallado que hacía lucir su esbelta figura; con su pelo suelto y brillante, que semejaba una cascada de oro que caía hasta sus hombros.

Antonio, se apresuró a abordarla para preguntarle por Rodolfo, que hasta esa hora, no aparecía por ningún lado.

Cuando estuvo cerca, ella le dirigió una dulce mirada y una cálida sonrisa.

Toma asiento – le dijo, mirándolo fijamente – Sé a lo que vienes – continuó como leyéndole el pensamiento - ¿Quieres una copa?

Al chocar sus miradas, Antonio tuvo un estremecimiento en todo su cuerpo y una rara sensación se apoderó de él. Al sentir el roce de su mano en su antebrazo, la intención de preguntar por su amigo, se extinguió, y su pensamiento le produjo una visión de placer y sexualidad compartida con la beldad que tenía enfrente.

- Vamos a otro lugar – alcanzó a decir tímidamente Antonio – extasiado por esa mirada sugerente y esos labios que le auguraban y prometían la felicidad infinita.

Ernesto, los vio salir juntos del centro nocturno; se tomó dos cervezas más y se retiró a descansar, pensando en la bella desconocida, que se le iba metiendo al cerebro como una obsesión que le producía fantasías sexuales.

-----O-----

En la mañana siguiente, trató de localizar sin éxito a Rodolfo y Antonio. Nadie los había visto, parecía que se los hubieran “tragado” la tierra.

Movido por la curiosidad y el deseo que le provocaba la misteriosa dama nocturna; a las 10 de la noche estaba en el lugar de costumbre, mirando con ansiedad de que apareciera el objeto de su deseo.

A las 12 de la noche, la dama apareció, miró alrededor como buscando a alguien; al ver a Ernesto, se dirigió a su lugar y como viejos conocidos lo abordó.

- ¿Me invitas una cerveza, guapo? – preguntó con sugestiva voz, la dama.
- Sí, por supuesto – todavía sorprendido, contestó Ernesto – toma asiento – con cortesía le ofreció una silla –

La atracción que sentía por ella, y el desconcierto momentáneo, provocaron que Ernesto olvidara el asunto de sus amigos desaparecidos. A partir de ese momento, sólo le importó una cosa: La misteriosa dama de la noche.

Disfrutaron de la bebida y el baile hasta las tres de la madrugada. El roce de su cuerpo, la suavidad de su piel y el dulce sabor de sus labios, producían en Ernesto tal excitación, que anhelaba el momento de estar a solas con su “nuevo amor”.

